

La liebre y la tortuga

Había una vez, en un bosque bonito y tranquilo, una liebre muy rápida y una tortuga muy simpática. La liebre siempre se jactaba de ser el animal más veloz y le encantaba presumir ante los demás.

Un día, mientras paseaba por el bosque, se encontró con la tortuga y le dijo con una sonrisa burlona:

—¡Hola, Tortuga! ¿Qué te parece si hacemos una carrera? ¡Seguro que gano!

La tortuga, tranquila y sensata, respondió:

—De acuerdo, Liebre. ¡Hagamos la carrera! Pero recuerda: no siempre gana quien corre más deprisa.

La liebre se echó a reír:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ya lo veremos!

Los animales del bosque se reunieron para ver la gran carrera. La ardilla hizo de jueza y marcó la salida con una rama.

—¡A vuestros puestos! ¡Preparados, listos, ya!

La liebre salió disparada como una flecha, corriendo a toda velocidad por el camino. La tortuga comenzó a caminar despacio, paso a paso, sin prisa, pero sin detenerse.

La liebre corrió tanto que pronto dejó a la tortuga muy atrás. Al verla tan lejos, decidió descansar a la sombra de un árbol. Estaba tan segura de ganar que pensó:

—Dormiré una pequeña siesta. Cuando despierte, todavía tendré tiempo de ganar.

Se quedó dormida soñando con su triunfo. Mientras tanto, la tortuga seguía avanzando, paso a paso, sin parar ni un momento.

Los animales la animaban:

—¡Adelante, Tortuga! ¡Tú puedes!

La tortuga sonreía y continuaba caminando, confiando en su esfuerzo constante. Llegó al lugar donde dormía la liebre y pasó en silencio, sin apartarse de su camino hacia la meta.

Cuando la liebre despertó, se asustó al ver a la tortuga muy cerca de la llegada. Corrió cuanto pudo, pero era demasiado tarde: ¡la tortuga cruzó la meta y ganó la carrera!

Todos aplaudieron y la felicitaron. La liebre, un poco avergonzada, se acercó y le dijo:

—Enhorabuena, Tortuga. Me has enseñado que no siempre gana el más rápido, sino quien no se rinde.

La tortuga sonrió con ternura:

—Gracias, Liebre. Lo importante es hacerlo lo mejor que podamos, paso a paso, y no perder la esperanza.

Así, la liebre y la tortuga se hicieron amigas y aprendieron una valiosa lección sobre la amistad y la perseverancia.